



Libros de A. W. Tozer publicados por Portavoz:

El Consejero: Una conversación franca sobre el Espíritu Santo

Cultura: La vida en este mundo como ciudadanos del cielo

Diseñados para adorar

Deléitate en Dios

Este mundo: ¿campo de recreo o campo de batalla?

Fe auténtica

Fe más allá de la razón

Jesús: La vida y el ministerio de Dios Hijo

Lo mejor de A. W. Tozer, Libro uno

Lo mejor de A. W. Tozer, Libro dos

Los peligros de la fe superficial

El poder de Dios para tu vida

¡Prepárate para el regreso de Jesús!

La presencia de Dios en tu vida

Una fe incómoda

La verdadera vida cristiana

Y Él habitó entre nosotros



LA VIDA EN ESTE MUNDO COMO
CIUDADANOS DEL CIELO

A.W. TOZER



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Culture*, copyright © 2016 por The Moody Bible Institute of Chicago. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Título en castellano: *Cultura* © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5799-9 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6714-1 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7534-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Nota del editor	7
1. El sacramento de la vida	9
2. Un libro inalterable en un mundo cambiante	21
3. Dos imágenes de la Iglesia	33
4. La gran prueba: alterar la verdad	45
5. Un concepto bíblico de la Iglesia	57
6. Una iglesia modélica	69
7. ¿Integración o rechazo?	83
8. ¡Claro! Paga tus impuestos	87
9. Evaluando la espiritualidad según las oraciones públicas	91
10. Se busca: Valor con moderación	93
11. El uso honesto de términos religiosos	99
12. La actitud correcta hacia nuestros líderes espirituales	103
13. La cuerda floja entre lo “espiritual” y lo “secular”	107
14. Este mundo: ¿campo de recreo o campo de batalla?	123
15. Los evangélicos, ¿queremos mejorar nuestra posición social?	127
16. Por qué el mundo no lo puede recibir	131
17. La afirmación y la negación	143
18. Resistiendo al enemigo	147
19. Con el viento en contra	151
20. La cruz que interfiere	155
21. El poder exige separación	159
22. La ciencia y la filosofía tienen más prejuicios que la religión	163
23. Si vivimos como cristianos, nada puede destruir el cristianismo	167
24. En definitiva, somos lo que somos	171
Fuentes	173

NOTA DEL EDITOR

Igual que los hombres de Isacar, “entendidos en los tiempos” (1 Crónicas 12:32), A. W. Tozer fue un hombre que comprendió su época y supo lo que tenía que hacer. Los veinticuatro ensayos que vienen a continuación son una pequeña muestra de lo que escribió Tozer sobre lo que significa ser cristiano en un mundo que, en su mayor parte, no muestra interés por Cristo.

Abarca temas tales como la verdad, el sentido de la Iglesia, la veracidad de las Escrituras y el modo en que deberían vivir los cristianos en este mundo conservando su identidad como ciudadanos del cielo.

Tozer escribía con convicción y con propósito. No se contuvo al plantear el reto a sus hermanos en la fe sobre cómo vivir tal como vivió Cristo:

Se supone que nosotros, que nos llamamos cristianos, debemos ser un pueblo aparte. Afirmamos haber rechazado la sabiduría de este mundo y adoptado la de la cruz como guía para nuestras vidas. Nos hemos puesto de parte de Aquel que, mientras vivió en la tierra, fue el más inadaptado de los hijos de los hombres. No quería integrarse en la sociedad. Se situó por encima de ella y la condenó al repudiarla, aunque sin embargo murió por ella. Estaba dispuesto a morir por ella, pero no a ceder ante ella (extracto del capítulo 7).

CULTURA

Aunque estas no son más que palabras de un siervo del Señor, escritas hace muchas décadas, también representan verdades eternas a las que debemos prestar oído en nuestros días. Es posible que el contexto no sea el mismo, ni lo sean las batallas concretas, pero la verdad sigue siendo la misma.

EL SACRAMENTO DE LA VIDA

*Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa,
hacedlo todo para la gloria de Dios.*

1 CORINTIOS 10:31

Uno de los mayores obstáculos que puede encontrar el cristiano en su camino hacia la paz interior es el hábito tan frecuente de dividir su vida en dos partes: la sagrada y la secular. Dado que concebimos que estas dos áreas existen con independencia una de la otra y que son moral y espiritualmente incompatibles, y dado que las necesidades de esta vida nos impulsan a pasar constantemente de la una a la otra, nuestra vida interior tiende a romperse, de modo que llevamos una vida dividida en vez de unificada.

Nuestro problema nace del hecho de que nosotros, quienes seguimos a Cristo, habitamos al mismo tiempo en dos mundos, el espiritual y el natural. Como hijos de Adán pasamos nuestra vida en la tierra sujetos a las limitaciones de la carne y a las debilidades y enfermedades que son la herencia de la naturaleza humana. El

mero hecho de vivir entre los hombres nos exige años de duro trabajo, y prestar mucha atención a las cosas de este mundo. Como un contraste radical con esto tenemos nuestra vida en el Espíritu. Allí disfrutamos de otro tipo de vida superior, somos hijos de Dios; poseemos un estatus celestial y gozamos de una comunión íntima con Cristo.

Esto tiende a dividir nuestra vida total en dos compartimentos. Sin ser conscientes, acabamos reconociendo dos tipos de actos. Los primeros los realizamos con una sensación de satisfacción y la firme seguridad de que agradan a Dios. Se trata de los actos sagrados, y normalmente pensamos que son la oración, la lectura de la Biblia, cantar himnos, asistir a la iglesia y otros actos semejantes que nacen directamente de la fe. Pueden reconocerse por el hecho de que no tienen una relación directa con este mundo, y que no tendrían sentido alguno de no ser porque la fe nos muestra otro mundo, “un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos” (2 Corintios 5:1).

Contrapuestos a tales actos sagrados tenemos los seculares. Incluyen todas las actividades cotidianas de la vida que compartimos con los hijos y las hijas de Adán: comer, dormir, trabajar, atender las necesidades del cuerpo y realizar nuestros deberes aburridos y prosaicos de este mundo. A menudo hacemos estas cosas a regañadientes y con gran inquietud, y a menudo nos disculpamos con Dios por lo que consideramos un desperdicio de tiempo y de energías. El resultado de esto es que la mayor parte del tiempo nos sentimos preocupados. Nos dedicamos a nuestras tareas cotidianas sintiéndonos muy frustrados, diciéndonos introspectivamente que ya vendrán días mejores, cuando nos deshagamos de este cuerpo mortal y ya no tengamos que preocuparnos más por los asuntos de este mundo.

EL SACRAMENTO DE LA VIDA

Esta es la vieja antítesis entre lo sagrado y lo secular. La mayoría de cristianos cae en esta trampa. No logran un ajuste satisfactorio entre las exigencias de los dos mundos. Intentan caminar por la cuerda floja entre dos reinos, y no encuentran la paz en ninguno de estos. Pierden fuerzas, su perspectiva se vuelve confusa y pierden su gozo.

Creo que este estado de cosas es totalmente innecesario. Es muy cierto que nos hemos visto atrapados en un dilema, pero este no es real; es fruto de un malentendido. La antítesis sagrado/secular no tiene fundamento en el Nuevo Testamento. Sin lugar a dudas, una comprensión más perfecta de la verdad cristiana nos libraría de este dilema.

El propio Señor Jesucristo es nuestro ejemplo perfecto, y Él no experimentó una vida dividida. En presencia de su Padre, vivió en el mundo sin padecer esta tensión, desde su infancia hasta su muerte en la cruz. Dios aceptó la ofrenda de su vida total, y no hizo distinción entre un acto y otro. “Porque yo hago siempre lo que le agrada”, dijo, resumiendo brevemente su propia vida en relación con el Padre (Juan 8:29). Mientras caminó entre los hombres fue equilibrado y apacible. Las presiones y el sufrimiento que padeció fueron consecuencia de su posición como el portador de pecados del mundo; nunca fueron el resultado de la incertidumbre moral o del desequilibrio espiritual.

**El propio Señor
Jesucristo es
nuestro ejemplo
perfecto, y Él no
experimentó una
vida dividida.**

La exhortación de Pablo de hacerlo “todo para la gloria de Dios” es algo más que un idealismo piadoso; forma parte integral de la revelación sagrada, y debemos aceptarla como la propia Palabra de verdad. Abre ante nosotros la posibilidad de hacer que cada acto de

nuestra vida contribuya a la gloria de Dios. Por si somos demasiado tímidos como para incluirlo todo, Pablo menciona la comida y la bebida. Este es el humilde privilegio que compartimos con los animales que mueren. Si estos actos tan humildes se pueden realizar para honrar a Dios, es difícil imaginar alguno que no sirva para esto.

Ese aborrecimiento monacal del cuerpo, que destaca con tanta prominencia en las obras de algunos escritores tempranos de devocionales, no tiene ningún fundamento en la Palabra de Dios. Es cierto que la modestia común sí aparece en las Sagradas Escrituras, pero en ellas no hallamos la falsa modestia o un sentido falso de la vergüenza. El Nuevo Testamento acepta como algo evidente que en su encarnación, nuestro Señor adoptó un cuerpo humano real, y no hace ningún esfuerzo por esquivar las consecuencias absolutas de semejante hecho. Jesús vivió con ese cuerpo entre los hombres, y nunca realizó un acto que no fuera sagrado. Su presencia en carne humana elimina para siempre el concepto maligno de que en el cuerpo humano hay algo que, por naturaleza, resulta ofensivo a la Deidad. Dios creó nuestros cuerpos, y no le ofendemos cuando atribuimos la responsabilidad a quien realmente corresponde. Él no se avergüenza de la obra de sus propias manos.

La perversión, el mal uso y el abuso de nuestras capacidades humanas deberían darnos motivos más que suficientes para sentir vergüenza. Los actos corporales hechos en el pecado y contrarios a la naturaleza nunca pueden honrar a Dios. Siempre que la voluntad humana introduce un mal moral, ya no disponemos de nuestras capacidades inocentes e inofensivas tal como las hizo Dios; tenemos en cambio un producto abusado y retorcido que nunca podrá glorificar a su Creador.

Sin embargo, imaginemos un caso en que no se den ni la perversión ni el abuso. Imaginemos un creyente cristiano en cuya vida

EL SACRAMENTO DE LA VIDA

han arraigado las maravillas gemelas del arrepentimiento y el nuevo nacimiento. Ahora vive conforme a la voluntad de Dios tal como la entiende en la Palabra escrita. De esta persona se puede decir que cada acto de su vida es, o puede ser, tan sagrado como la oración, el bautismo o la Cena del Señor. Decir esto no supone llevar todos los actos a un punto muerto, sino elevar cada acto a un reino viviente y convertir toda la vida en un sacramento.

Si un sacramento es la expresión externa de una gracia interna, no dudemos en aceptar la tesis anterior. Mediante el acto de consagración de toda nuestra vida a Dios podemos hacer que todos los actos posteriores expresen esa consagración. Ya no tenemos que avergonzarnos de nuestro cuerpo (ese siervo físico que nos lleva por la vida), como Jesús no se avergonzó del humilde animal sobre el que entró en Jerusalén. “El Señor los necesita” (Mateo 21:3) son palabras que también se pueden aplicar a nuestros cuerpos mortales. Si Cristo habita en nosotros, podemos llevar al Señor de la gloria como aquel pequeño animal lo hizo en la antigüedad, y dar ocasión a que las multitudes exclamen: “¡Hosanna en las alturas!”.

Que *entendamos* esta verdad no basta. Si queremos escapar de la trampa del dilema sagrado/secular, la verdad debe “correr por nuestras venas” y condicionar el conjunto de nuestros pensamientos. Debemos practicar vivir para la gloria de Dios, de forma real y determinada. Al meditar en esta verdad, hablar de ella

a menudo con Dios en nuestras oraciones, trayéndola a nuestras mentes frecuentemente cuando nos movemos entre los hombres,

Mediante el acto de consagración de toda nuestra vida a Dios podemos hacer que todos los actos posteriores expresen esa consagración.

se apoderará de nosotros una dimensión de su maravilloso significado. Esa antigua y dolorosa dualidad caerá vencida por la apacible unidad de la vida. El conocimiento de que somos de Dios, que Él ha recibido todo de nosotros sin rechazar nada, unificará nuestras vidas interiores y hará que todo sea sagrado para nosotros.

No obstante, esto no es todo. Los hábitos que hemos tenido mucho tiempo no mueren con facilidad. Para escapar por completo de la psicología sagrado/secular necesitaremos un pensamiento inteligente y una gran cantidad de oración reverente. Por ejemplo, al cristiano medio puede resultarle complicado asimilar la idea de que puede realizar sus tareas cotidianas como actos de adoración aceptables a Dios por medio de Jesucristo. En ocasiones, la vieja antítesis se alzarán en el fondo de su mente para perturbar su paz. Y la serpiente antigua, el diablo, no aceptará esto sin hacer nada. Allí estará, en el taxi, en la oficina o en el campo, para recordar al cristiano que está dando la mejor parte de su día a las cosas de este mundo, y dedicando a sus deberes religiosos una ínfima porción de su tiempo. Y a menos que tengamos mucho cuidado, esto provocará confusión, desánimo y pesadez de corazón.

Solo podemos contrarrestar estos ataques mediante el ejercicio de una fe agresiva. Debemos

**El conocimiento de que
somos de Dios, que Él
ha recibido todo de
nosotros sin rechazar
nada, unificará nuestras
vidas interiores y hará
que todo sea sagrado
para nosotros.**

ofrecer a Dios todos nuestros actos, y creer que los acepta. Luego reclamemos con firmeza esa posición y no dejemos de insistir en que cada acto, de cada hora de cada día y de la noche, forma parte de esta transacción. En esos momentos dedicados a la oración privada,

EL SACRAMENTO DE LA VIDA

no dejes de recordar a Dios que dedicamos todos nuestros actos a su gloria; luego complementa esos instantes con mil oraciones en tus pensamientos mientras realices la tarea que es vivir. Practiquemos el bello arte de hacer que cada tarea sea una ministración sacerdotal. Creamos que Dios está en todos nuestros actos sencillos, y aprendamos a encontrarle en ellos.

Una consecuencia del error que hemos venido debatiendo es la antítesis entre lo sagrado y lo secular aplicada a los lugares. Es asombroso que podamos leer el Nuevo Testamento y aun así creer en la naturaleza sagrada inherente a algunos lugares. Este error está tan extendido que uno se siente solo cuando intenta combatirlo. Ha funcionado como una especie de tinte, que ha coloreado el pensamiento de personas religiosas y también sus ojos, de modo que es prácticamente imposible detectar su falsedad. A pesar de toda la enseñanza del Nuevo Testamento que dice lo contrario, a lo largo de los siglos se ha dicho y se ha cantado y aceptado como parte del mensaje cristiano, cosa que sin duda no es. Por lo que yo sé, solo los cuáqueros han tenido la perspicacia de detectar ese error y el valor suficiente para denunciarlo.

Estos son los hechos tal como yo los veo. Durante cuatrocientos años, Israel había vivido en Egipto, rodeado de idolatría vergonzosa. Por la mano de Moisés fueron libertados al fin y comenzaron el viaje hacia la tierra prometida. Habían perdido el concepto de la santidad. Para corregir el problema, Dios empezó por lo más evidente. Se situó en la columna de nube y de fuego y, más adelante, cuando se construyó el tabernáculo, habitó en el lugar santísimo manifestándose como fuego. Mediante innumerables ejemplos, Dios enseñó a Israel las diferencias entre lo santo y lo impuro. Había días santos, recipientes santos, prendas de vestir santas. Había lavamientos, sacrificios, ofrendas de muchos tipos. Por estos medios,

Israel aprendió que *Dios es santo*. Lo que el Señor les enseñaba era esto, no la santidad de determinadas cosas o lugares. La lección que debían aprender era que Jehová era santo.

Entonces llegó el gran día en que apareció Cristo. Inmediatamente empezó a decir: “Oísteis que fue dicho a los antiguos... pero yo os digo” (Mateo 5:21-22). Ya había acabado la escuela del Antiguo Testamento. Cuando Cristo murió en la cruz, el velo del templo se rasgó de arriba abajo. El lugar santísimo quedó abierto a todo el que entrara por fe. Entonces recordaron las palabras de Cristo: “La hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:21, 23-24).

Poco tiempo después, Pablo retomó este grito de libertad y declaró que toda carne era limpia, todos los días santos, todos los lugares sagrados y todo acto aceptable a Dios. La sacralidad de los tiempos y de los lugares, esa penumbra necesaria para la educación de la raza, se desvaneció frente al sol radiante de la adoración espiritual.

La espiritualidad esencial de la adoración fue patrimonio de la Iglesia hasta que se fue perdiendo lentamente con el paso de los años. Entonces, el *legalismo* natural de los corazones caídos de los hombres comenzó a introducir las viejas distinciones. La Iglesia se puso a observar de nuevo los días, las estaciones y los tiempos. Se eligieron determinados lugares que se señalaron como santos en un sentido especial. Se observaron las diferencias entre uno y otro día, lugar o persona. Primero los “sacramentos” fueron dos, luego tres, más tarde cuatro, hasta que con el triunfo del cristianismo romano se fijaron en siete.

EL SACRAMENTO DE LA VIDA

Con todo cariño, y sin el deseo de hacer quedar mal a ningún cristiano, por mucho que se haya extraviado, señalo que hoy día la Iglesia católica romana representa la herejía sagrado/secular llevada a su conclusión lógica. Su efecto más letal es el insondable abismo que introduce entre la religión y la vida. Quienes la propagan intentan eludir esta trampa mediante numerosas notas al pie y múltiples explicaciones, pero el instinto de nuestra mente, que la lleva a buscar la lógica, es demasiado fuerte. En la vida práctica, ese abismo es muy real.

Los reformadores, los puritanos y los místicos se esforzaron para liberarnos de esta esclavitud. Hoy día, la tendencia dentro de los círculos conservadores ha vuelto a caer en esa esclavitud. Se dice que un caballo, cuando se ha sacado de un edificio en llamas, a veces, movido por una extraña obstinación, se libera de su rescatador y vuelve a meterse en el edificio, donde muere entre las llamas. Debido a una tendencia igual de tozuda hacia el error, el fundamentalismo de nuestros tiempos está regresando a la esclavitud espiritual. La observación de los días y de los tiempos cada vez se vuelve más intensa entre nosotros. En los labios de cristianos evangélicos cada vez son más frecuentes palabras como “cuaresma”, “Semana Santa” y Viernes “Santo”. No nos damos cuenta de cuándo estamos bien.

Para que el lector me entienda bien y no me malinterprete, quiero poner de relieve las consecuencias prácticas de la enseñanza que hemos venido defendiendo, es decir, la naturaleza sacramental de la vida cotidiana. Frente a todos sus sentidos positivos, quiero destacar algunas pocas cosas que no significa.

Lo que hace un hombre no es lo que determina si su trabajo es sagrado o secular, eso lo decide el motivo por el que lo hace.

No significa, por ejemplo, que todo lo que hacemos tiene la misma importancia que todas las otras cosas que podamos hacer. El acto de un buen hombre puede diferir muchísimo en su importancia de otras cosas que haga. La actividad de Pablo como tejedor de tiendas no se puede comparar con su redacción de la epístola a los Romanos, pero Dios aceptó ambas, y ambas cosas fueron verdaderos actos de adoración. Sin duda es más importante llevar un alma a Cristo que cultivar un jardín, pero el cuidado de ese jardín *puede* ser un acto tan sagrado como lo es propiciar la salvación de un alma.

Tampoco significa que cada hombre sea tan útil como cualquier otro. Dentro del cuerpo de Cristo hay muchos dones distintos. No podemos comparar a un Billy Bray¹ con un Lutero o un Wesley por lo que respecta a su utilidad para la Iglesia y para el mundo; pero el servicio del hermano menos dotado es tan puro como el del más dotado, y Dios acepta a ambos con el mismo agrado.

El “laico” nunca tiene que pensar que su humilde tarea es inferior a la del ministro. Que todo hombre permanezca en el llamado que haya recibido, y su obra será tan sagrada como la del pastor. Lo que hace un hombre no es lo que determina si su trabajo es sagrado o secular, eso lo decide el motivo por el que lo hace. El motivo lo es todo. Que un hombre santifique al Señor Dios en su corazón y a partir de entonces no hará nada poco importante. Todo lo que haga será bueno y aceptable para Dios por medio de Jesucristo. Para esa persona, la propia vida será un ministerio sacerdotal. Cuando realice su tarea, que nunca será trivial, escuchará la voz de los serafines diciendo: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (Isaías 6:3).

1. Billy Bray (1796-1868) fue un predicador británico asociado con los meto-
distas (N. del T.).

EL SACRAMENTO DE LA VIDA

Señor, quiero confiar en ti plenamente; quiero ser tuyo por completo; te quiero exaltar por encima de todo. No deseo sentir que poseo nada que esté fuera de ti. Quiero ser consciente en todo momento de tu presencia sobre mí, y escuchar tu voz que me habla. Anhele vivir con una sinceridad apacible de corazón. Quiero vivir tan plenamente en el Espíritu que todos mis pensamientos sean como un dulce incienso que ascienda hacia ti, y que todo acto de mi vida sea de adoración. Por lo tanto, oro usando las palabras de aquel gran siervo de antaño: “Te ruego que limpies la intención de mi corazón con el don inefable de tu gracia, para que te ame perfectamente y te adore como eres digno de ello”.² Y estoy confiado en que me concederás todo esto por los méritos de tu Hijo Jesucristo. Amén.

2. Del autor anónimo de *The Cloud of Unknowing* (Nube del desconocimiento), una obra escrita en la segunda mitad del siglo XIV (N. del T.).

